



APUNTES SOBRE BIBLIOGRAFIA MILITAR COLOMBIANA

IGNACIO RODRIGUEZ GUERRERO

I

Caldas Francisco José (1771-1816). **Discurso preliminar que leyó el ciudadano Coronel de Ingenieros Francisco José de Caldas, el día en que dio principio al curso militar del cuerpo de Ingenieros de la República de Antioquia.**

Caldas, el sabio neogranadino por antonomasia, a quien sus inclinaciones, su vocación y sus gustos lo destinaban a la vida contemplativa, en la paz de Bibliotecas y laboratorios, tuvo que pagar el tributo que todos los hombres de bien le deben a la patria, cuando las circunstancias lo demandan, alistándose en las filas del ejército de la revolución, en los instantes críticos en que la reconquista del General Pablo Morillo amagaba sobre el territorio nacional.

Don Juan del Corral había fundado en Medellín, en 1815, una Academia de Ingenieros, con carácter militar, y en la instalación de esa primera Escuela de Ingenieros participó Caldas, con la lectura de un discurso de fondo, que es también uno de los trabajos más serios, eruditos y elocuentes de cuantos salieron de la pluma del insigne polígrafo payanés, que habría de pagar con su vida su amor a la patria y a la ciencia.

Este **Discurso preliminar** fue publicado, como lo refiere D. Eduardo Posada, en Medellín, en la Imprenta del

Gobierno, a expensas del ciudadano Manuel María Viller Calderón, en el propio año de 1815, en un folleto que constituye hoy una de las más estupidas rarezas bibliográficas de que se tenga noticia en Colombia. D. Eduardo Posada, el acucioso colector de las **Obras** de Caldas, refiere que jamás pudo encontrar tal folleto en Bogotá, y que para enterarse del contexto de él le fue menester acudir al doctor Posada Arango, de Medellín, quien le procuró una copia, que habría de servirle a Posada para incorporarla en el tomo de las **Obras** del sabio payanés, que es el volumen IX de la **Biblioteca de Historia Nacional**, impreso en Bogotá en 1912.

Antes de que el doctor Posada reprodujese el Discurso de Caldas en el mencionado volumen académico, había sido transcrito en su integridad, precedido del retrato y el autógrafo del autor, en el número extraordinario de **El Ingeniero**, del 20 de julio de 1883.

Esta magnífica Revista, órgano de la Escuela de Ingeniería Civil y Militar y del Ejército de los Estados Unidos de Colombia, estaba dirigida por los Generales Sergio Camargo, Jefe de Estudios de la Escuela; Pedro José Sarmiento, General en Jefe del Ejército, y por el Dr. José María González Benito, Director del Observatorio Astronómico, siendo D. Santiago Lleras el Editor oficial de ella.

La Revista se editaba en la Imprenta

de "La Luz", de Bogotá, y había sido fundada por mandato ejecutivo de 21 de febrero de 1883, con el objeto de servir de órgano de las entidades ya aludidas. "Su programa, por tanto, decían los Directores de la Revista, tiene que ser muy vasto, toda vez que su misión no se limitará tan solo a marcar los adelantos que aquellas dos respetables entidades realicen, sino que habrá de servirles de norma, poniéndoles de manifiesto los constantes adelantos que la ciencia del ingeniero y el arte militar hacen hoy en los países avanzados.... Y en fin tocará a **El Ingeniero** velar por la formación de un Ejército que, a la par que modelo de disciplina y de instrucción, sea el fiel guardián de las instituciones, e imponga en el Exterior el respeto que la Patria merece...." (Páginas 3-4).

Para la festividad patria del 20 de julio de 1883, los Directores de la Revista se aprestaron a reproducir en sus páginas el aludido Discurso de Caldas, con una introducción en la que expresan:

"Documento importantísimo por mil razones, creemos será estimado decididamente en este día por todo colombiano, y utilizado en todas sus partes por los que hoy son el objeto de las mayores esperanzas del país, ya porque sean los centinelas de la paz como miembros del ejército en la actualidad, ya porque estén llamados a contribuir a que la Patria más tarde ocupe el puesto que le corresponde entre las naciones respetables por el saber y la fuerza, en cuanto estos dependan de la institución militar, contando, por supuesto, con que no es siempre el más esforzado el que infunde mayor respeto, y que el mérito de un ejército está en razón directa de la virtud y el saber de sus oficiales...." (Pág. 1).

El Discurso de Caldas ocupa 24 páginas de la Revista, y, en realidad, es

una pieza de excepcional importancia y valor, que no ha perdido vigencia, ni muchísimo menos, desde los días en que fue compuesta, para la inauguración del expresado curso de Ingenieros Militares de la República de Antioquia.

Escrito con todas las reglas clásicas de la composición oratoria, parecería obra más de un humanista que de un matemático. Pero ocurre que Caldas era lo uno y lo otro. Mejor dicho, a sus calidades de cultor de las ciencias naturales y matemáticas había sumado el estudio de la filosofía, de la literatura, de los idiomas clásicos, para poder leer en ellos a los grandes maestros, único secreto para poseer la ciencia de la expresión, el arte de transmitir el pensamiento, con la exactitud y belleza con que lo hicieron los griegos y latinos, modelos insustituibles hasta nuestros días, como lo ha acreditado la experiencia.

Fue también, por este aspecto, Caldas, modelo y dechado de militares. Y no hizo en ello sino seguir el ejemplo de los grandes capitanes de la historia, de Julio César a Bolívar, de Napoleón a Hindenburg, de Washington a Tomás Cipriano de Mosquera.

Los griegos y latinos están presentes en su influencia permanente en este Discurso magistral del Coronel de Ingenieros Francisco Joséph de Caldas. Y también escritores franceses de su predilección, particularmente Fenelón y Bossuet.

Caldas inicia su magistral oración definiendo el campo y el alcance del estudio de la Ingeniería: "La ciencia del Ingeniero es inmensa, expresa: abraza todos los ramos de la guerra, y parece que se detiene con preferencia en los más sublimes: su objeto es poner al enemigo obstáculos invencibles, sorprenderlo, aterrarlo, vencerlo, y al mismo tiempo defender la Patria, derramar el consuelo y la seguridad en el corazón de sus conciudadanos, y, en fin, hacer respetar y te-

mer de todos al Estado..." (Pág. 3).

Golpea luego a las puertas de la sana emulación de sus jóvenes oyentes, y entra en materia, trazando de mano experta el cuadro esencial de las virtudes militares que han de adornar la personalidad de los futuros jefe y oficiales del ejército de Colombia.

"El honor es la primera virtud militar", escribe. Y a la vuelta de profundizar el tema, lo define diciendo que "El honor en general y respecto del que lo obtiene, no es otra cosa y consiste esencialmente en el cumplimiento exacto de las obligaciones que nos imponen la Religión, la Naturaleza y la Sociedad; pero respecto a los demás, es la reputación, o concepto ventajoso que formamos de las virtudes de aquél...".

Con amplitud y acierto discurre el orador en torno a este concepto, lo amplía para aplicarlo a lo que es el honor militar en concreto, y termina diciendo: "El soldado que estudia los elementos del arte de la guerra, que se penetra de las leyes militares, y lo que vale más, que las observa en público y en privado, que del mismo modo obra con testigos que en la soledad, que es fiel, sumiso, activo, celoso, obediente, infatigable... ese es el soldado de honor...". (Pág. 5).

Diserta luego a propósito de la gloria militar, de la que todos hablan sin acertar, empero, a definirla, y dice que es "el testimonio de la conciencia que dice el soldado: has obrado bien, has llenado todos los deberes de tu profesión ilustre, nada has omitido para defender la patria: estudio, celo, valor, combinación, actividad; todos los resortes, todos los medios de vencer al enemigo los has puesto en movimiento: goza, pues, ahora, goza, sí, de este dulce consuelo, la más grande de todas las recompensas debidas a la virtud y al mérito...". (Pág. 7).

En el fondo, coincide con Bolívar, quien definió genialmente la gloria

en cuatro palabras lapidarias, expresando que ella consiste en ser grande y en ser útil.

Destaca luego la virtud primordial del valor militar. Virtud capital del soldado, al sentir de Caldas, puesto que, como lo siente el insigne payanés, **soldado** y **valor** son voces sinónimas, tan indestructiblemente unidas entre sí, que no pueden nombrarse la una sin traer inmediatamente la otra a la memoria.

"El valor militar -lo define el sabio en su discurso memorable- es aquella fuerza de corazón o de espíritu con que arrostramos todos aquellos peligros, es aquel vigor enérgico y sublime con que nos sacrificamos enteros a la gloria y a la felicidad de la Patria...". (Pág. 9).

Y, a vuelta de otras consideraciones acerca de las excelencias de esta característica de la gente de armas, añade: "Para que el valor militar sea una virtud es necesario que diste tanto de la cobardía como de la temeridad" (Ibidem). Con lo que Caldas no hizo sino repetir o reiterar lo que Cervantes había expresado, por boca de Don Quijote, en ocasión memorable, y que Sancho recordó en su graciosa plática con el Bachiller Sansón Carrasco, como se cuenta en el Capítulo IV de la Segunda Parte del libro inmortal.

"Pereced más bien en el combate antes que sobrevivir al oprobio que arrastra tras sí la cobradía", les aconsejaba Caldas a sus discípulos de la primera Escuela Militar Colombiana, que fue el cuerpo de Ingenieros de la República de Antioquia. Lo que le fue sugerido, sin duda por el recuerdo de otra advertencia de Cervantes, en el Prólogo de la Segunda Parte de la Historia del Ingenioso Hidalgo, en donde leemos: "que el soldado más bien parece muerto en la batalla, que libre en la fuga", por donde se verá la influencia que en el sabio payanés

ejercían los clásicos castellanos, Cervantes singularmente.

Pero el soldado no solo debe ser valiente, sino también generoso, compasivo con el dolor ajeno, humanitario y civilizado. "Acordaos en los transportes de la victoria, -enseña Caldas- que el rendido, el prisionero, el moribundo, han dejado ya de ser vuestros enemigos: acordaos que son vuestros hermanos y desplegad con mano liberal todos los oficios que dicta la compasión y manda el Evangelio: que no salga de vuestra boca ninguna palabra injuriosa: no déis en rostro con su debilidad y su derrota: temblad, temblad, jóvenes, de añadir amargura al afligido.... La verdadera grandeza consiste en ser humanos, dulces, compasivos con los desgraciados...." (Pág. 10).

¿Y qué otra cosa es lo anterior, sino lo que ahora constituyen las normas prescritas por el Derecho Internacional Público en tiempos de Guerra, acerca del trato que deben dar los beligerantes a los vencidos y prisioneros?

Ardiente y grandioso el elogio que Caldas hace luego del patriotismo, para concluir y rematar con lo que es ya lugar común en esta materia: ¡Que dulce es morir fielmente por la Patria!, que no es sino lo que habría proclamado Horacio, en la Oda II, Lib. III, *Ad Amicos*, cuando dijo: "Dulce et decorum est pro patria mori....".

La ciega obediencia, el secreto y la paciencia militar, como virtudes esenciales de quien hace profesión de las armas, son también objeto de detenidas disquisiciones por parte de Caldas en su discurso, como lo es también el celo, "tan necesario al soldado como la paciencia", y acerca del cual no vacila en sostener ponderaciones como esta: "Desde el tambor hasta el General, todos necesitan de esta virtud activa y generosa, que da vida a todas las operaciones milita-

res, con solo una diferencia, que la actividad y el fervor crecen en razón del grado y de la autoridad....." (Pág. 13).

No es todo. Ni con esto se ha agotado el catálogo de las virtudes que, al sentir de Caldas, deben ser objeto de cotidiano cultivo en todo militar digno de ese nombre. También la vigilancia ocupa entre aquellas lugar preponderante. "Todas las lecciones son ineficaces si no van acompañadas del ejemplo", enseña. (Pág. 14). Y añade: "Jóvenes, antes de mandar dad el ejemplo. ¿Se trata de levantar una batería? -Tomad vosotros los primeros la azada y después mandad con toda la autoridad de vuestro grado y seréis obedecidos sin réplica. ¿Se verifica una marcha difícil? -Id vosotros delante, sed los primeros en los sufrimientos y tendréis soldados obedientes y fieles...." (Ibidem).

Precepto que han cumplido siempre los grandes Capitanes de la historia militar: lo mismo Bolívar en los Llanos de Venezuela que el Mariscal Rommel en los desiertos de Africa.

Normas de discreción, al parecer elemental, propone Caldas a sus discípulos, cuyo cumplimiento, empero, resulta inexcusable en el Ejército: "No oigáis nunca con pesar los elogios dados a vuestros compañeros de armas por sus bellas acciones", dice: "No digáis nada jamás de vosotros mismos y abandonad este cuidado al soldado, a la fama y a la fuerza de la verdad", añade. Y concluye: "Un elogio descarado y directo es un insulto y no se puede corresponder sino con el desprecio...." (Págs. 15-16).

Caldas, como verdadero demócrata, tenía en muy alta estima la personalidad individual del soldado, y propugnó por su reconocimiento y respeto, justamente en bien del Ejército nacional. A sus discípulos los adoctrina de esta manera: "No os imaginéis, como lo hacen algunos oficiales

orgullosos, que el simple soldado es un ser tan inferior que no se puede comparar con ellos. No, jóvenes, no, el soldado tiene el mismo destino, la misma gloria: es a la verdad un ser obediente; pero es la esperanza de su Patria, es hombre y con solo esto merece los respetos del mismo General. Cuando seáis oficiales no degradéis al soldado, no lo envilezcáis con vuestro trato y con vuestros desprecios, y sabed que envileciéndolo envilecéis vuestra profesión y arrancáis, con traición de vuestra Patria, del corazón del soldado todos los sentimientos elevados y generosos que pueden producir grandes acciones...". (Pág. 16).

Por aquel tiempo, primaba aun en el Ejército la bárbara disposición de las Ordenanzas Militares no solo españolas, sino de la Europa entera, que prescribía el palo y la tortura como castigo en el cuartel. También en la Legislación ordinaria penal se autorizaba el tormento como medio de investigación, al lado de atroces penas, hoy desterradas del universo civilizado. Contra ese estado de cosas, Caldas levanta la voz, en una enérgica condenación de ellas, y enseña a sus discípulos: "Desterrad ese palo infame que hasta ahora se ha usado entre nosotros con oprobio de la más noble de todas las profesiones. Me lleno de indignación cuando me acuerdo que hay oficiales que olvidando lo que se deben a sí mismos y lo que deben al hombre, castigan públicamente la menor falta en una evolución con este instrumento degradante. Así insultan a la faz de los pueblos a los defensores de la Patria...". (Ibidem).

No es suficiente. Caldas proclama entre los Oficiales del Ejército de la República de Antioquia, la amabilidad, como el secreto del éxito, como el ábrete sésamo del buen suceso en las operaciones militares y en la vida de guarnición: "Notad bien, jóvenes, estas dos últimas palabras: **haceros**

amables. ¡Ah! El celo, la vigilancia, la paciencia... todas las virtudes militares os van a ser insuficientes en los críticos momentos de una batalla, si vuestros soldados no os aman y si no tienen un interés en vuestra conservación y en vuestra gloria. Una conducta orgullosa y dura, que desprecia, que mira con desdén, y aun con olvido la suerte del subalterno, os atraerá infaliblemente el odio de vuestras tropas. Una conducta dulce, moderada, benéfica, oficiosa sin dejar jamás la dignidad del oficial, es la única que os asegurará el respeto y el amor del soldado..." (Pág. 17).

Al elogio del desinterés, como virtud militar, sigue en este discurso el de la fe inquebrantable en la salvación de la República. Eran esos los sombríos años de la reconquista española, peligro al cual se sumaba otro peor, el de las insensatas luchas intestinas, entre los mismos patriotas, que acabaron por debilitar hasta el extremo la resistencia interna a los Ejércitos de Morillo. En medio de tanta desgracia, Caldas no vacila en declarar su fe en el triunfo final de la República, y en inculcarles a sus jóvenes, alumnos de la confianza en el feliz porvenir de la nación: "jamás jóvenes desesperéis de la salud de vuestra patria, sea la que fuese la extremidad en que se hallen sus armas y sus tropas. Un corazón más grande que todos los peligros, y un alma firme, incontrastable, incapaz de ceder a los reverses de la guerra, debe sostenernos en todos los momentos de vuestra vida..." (Pág. 19).

No descuida el sabio Coronel de Ingenieros descender a explicarles a sus discípulos detalles, al parecer insignificantes, relacionados a los placeres de la mesa y el sueño, propugnando porque aquélla sea frugal y éste en lecho ligero y duro.

Y deja para el remate de su magna oración lo referente al cultivo de la

inteligencia, al incesante estudio que debe ser la meta de la cotidiana actividad del buen militar: "No hay que engañarse, jóvenes, -enseña-: a las cualidades del corazón deben acompañar los conocimientos para ser un soldado perfecto. Aquél será virtuoso, será justo; pero al mismo tiempo ignorante y capaz de cometer los errores más groseros; él perderá a su Patria y le remachará las cadenas con todas sus virtudes. Aplicaos, jóvenes, al estudio de la guerra: aplicaos con toda la intención de vuestro genio: leed, medita, consultad y embebeos en la ciencia que va a ocupar vuestra vida, a granjearos gloria y el reconocimiento de la posteridad.....". (Pág. 22).

Y a vuelta de esbozar, en términos generales, el pensum del curso militar que inauguraba el Coronel de Ingenieros en Medellín, alude a las principales materias que habría de estudiarse, lo que cobra hoy singularísimo interés, porque nos revela los autores que entonces estaban en boga en las Academias militares del mundo, y que fueron acogidos por los organizadores de la nuestra: La Arquitectura Militar o Fortificación, explicada a base de las ideas de Vauban, Coehonr, Deville y Turpin; la Artillería; la Arquitectura Hidráulica; la Geografía Militar; la Arquitectura Civil, y, finalmente, la Táctica, según las enseñanzas de Montecuculi y de su Comentarior.

Eran las asignaturas que los Cadetes estudiaban en las principales Academias militares de Europa. Y los tratadistas aludidos, los de mayor autoridad y fama en el primer cuarto del siglo XIX.

¿A qué comentarior de Montecuculi aludía Caldas? -Probablemente a Hugo Foscolo, quien comentó docta y ampliamente la Opere Complete del

famoso militar, editada en Milán entre 1807 y 1808.

Recuérdese, por otra parte, la grande estima que por el gran táctico tenía Napoleón y Bolívar, lectores asiduos de sus obras. A propósito, en la cláusula 7ª del Testamento del Libertador, otorgado en San Pedro Alejandrino el 10 de diciembre de 1830, leemos estas palabras: "Es mi voluntad que las dos obras que me regaló mi amigo el señor General Wilson, y que pertenecieron antes a la biblioteca de Napoleón, tituladas **El Contrato Social** de Rousseau y **El Arte Militar** de Monte-Cúculi, se entreguen a la Universidad de Caracas".

Caldas, hombre modesto y discreto, en quien era ingénito el sentimiento de la gratitud, termina su Discurso evocando el recuerdo del Dictador D. Juan del Corral, fundador de la Academia Militar de Antioquia, y de Tejada, su continuador.

Fueron precarios los días de esa institución benemérita, sojuzgada como fue la Primera República, al avasallador empuje de los ejércitos españoles de la reconquista. Pero no lo fueron sus enseñanzas, que de ellas se aprovecharon los cadetes que no cayeron bajo la cuchilla pacificadora, y que habrían de luchar luego por la emancipación, desde Boyacá hasta Ayacucho. Ni lo son todavía, en los tiempos que nos alcanzan, cuando las enseñanzas de Caldas, basadas en las normas eternas de la verdad y la justicia, de la filosofía y la razón, cobran singular vigencia, si nos atenemos a las peculiares circunstancias que nos rodean.

En la Bibliografía Militar Colombiana, pues, este Discurso de Caldas ocupa lugar preeminentísimo. Por lo que bien vale iniciar con el estos breves apuntes acerca de tan interesante materia.